

Newton Compton Editores

Título original: *Molto amore per nulla*

© 2020, Newton Compton editori s.r.l.

© 2023, de la traducción por Consuelo Gallego Perales

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-03-3

Código IBIC: FA

DL B: 1.333-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime Digital S. L.

Impreso en mayo de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Anna Premoli

Tanto amor para nada

Traducción de Consuelo Gallego



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*Para quienes, en algún momento de su vida, se han sentido
«atractivos de forma diferente» y no han podido amoldarse.*

El amor por parte de uno solo no es suficiente, Giò,
lo tuyo son fantasías de masoquista.
No se regala el alma a quien no está dispuesto a ofrecerte la suya.
Quien no hace regalos, no es capaz de apreciarlos.
Tú buscas a Dios en la Tierra, y estás dispuesta
a cualquier mentira para inventarlo.
Pero Dios no se inventa, ni tampoco el amor.

Oriana Fallaci, *Penélope en la guerra*

A veces las personas son bellas,
no por su aspecto, no por lo que dicen, sino por lo que son.

Mark Zusak, *Yo soy el mensajero*

Siempre me ha parecido ridículo querer estar
junto a las personas solo por ser atractivas.
Es como escoger los cereales para el desayuno
por su color en lugar de por su sabor.

John Green, *Ciudades de papel*

La veía tan bella, tan seductora, tan distinta a los demás, que no
comprendía por qué nadie más se había trastornado con el crujido
de sus tacones sobre los guijarros, por qué ningún otro corazón latía
enloquecido arrastrado por la brisa que levantaba el suspiro de su velo,
por qué nadie más enloquecía con los movimientos de su trenza, el
revoloteo de sus manos, su risa dorada. No había perdido ninguno de sus
gestos, ninguna de las expresiones que revelaban su carácter, pero no se
atrevió a acercarse por temor a romper el hechizo.

Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*

La lista de Violeta

- Liberarme de una vez por todas de los culos de botella que la gente llama gafas
- Ir sola al cine sin avergonzarme
- Aprender a montar en moto
- Saltar de un avión en paracaídas
- Ponerme un vestido corto y rojo (muy corto y muy rojo)
- Besar a un desconocido en un bar
- Pasar toda la noche fuera y ver el amanecer
- Bailar sobre las mesas
- Visitar Petra
- Volar en globo
- Decirle a alguien «te quiero»
- Mandar mensajes eróticos a un hombre
- Marcar un antes y un después en la vida de alguien

Capítulo 1

Violeta

Hay días en los que todo sale mal. Te das cuenta de repente, cuando por ejemplo te ocurre la desgracia de derramar el café hirviendo sobre la blusa que te acabas de poner, blasfemando como un camionero, mientras corres a cambiártela a la velocidad de la luz, en el momento en el que teóricamente debías estar ya en la oficina aunque el sol no haya salido todavía. Excepto descubrir que –¡doble, triple maldición!– no has llevado las otras ochenta blusas a la tintorería y que, por tanto, no tienes la más remota idea de qué ponerte. Esta es la triste vida de una mujer sola que trabaja y la insignificante historia de su lucha contra los horarios de las lavanderías: por algún extraño motivo no suelen estar abiertas hasta altas horas de la noche, cuando ya se ha puesto el sol incluso en zonas horarias no adyacentes a la tuya, en el momento en que finalmente te decides a apagar el ordenador y volver a ver la luz.

«Luz», vaya una palabra... Como mucho el resplandor de la farola. Pero ya se sabe, solo se acostenta quien disfruta con poco, como dice la sabiduría popular.

Suelo desconfiar de las frases hechas, pero esta vez estoy dispuesta a hacer una excepción, con la esperanza de que el dicho tenga algo de razón.

Por eso me obligo a aplazar mis improperios para otro momento más adecuado y en su lugar me lanzo de cabeza a la tarea de escudriñar el armario a lo largo y a lo ancho, con la mirada de un sabueso que no tiene tiempo que perder. No tengo ni un minuto, literalmente.

No tengo mucho donde elegir, partiendo de la base de que no soy exactamente una fashion victim y de que nadie puede acusarme de haberme extralimitado con mi tarjeta de crédito yendo de compras últimamente. La verdad es que mi armario es el típico «sensato»: por un lado ropa para la oficina y por otro vestidos para salir. Soy una mujer pragmática que se limita a comprar todo en serie por falta de tiempo y de interés. Si me satisface una prenda (utilizar el verbo «gustar» sería exagerado), no pierdo el tiempo buscando en otra parte: la compro de inmediato en múltiplos razonables o por lo menos en colores diferentes.

Blanco, gris, marrón y negro.

El color, en lo que a mí respecta, es para quien sabe llevarlo. Y no, no pertenezco a esa categoría. Además hay que tener en cuenta que en mi profesión, donde hay una elevada tasa de testosterona, cuanto más tarde se den cuenta de que eres una mujer, mejor. No sé si será porque llevo el pelo corto, o por mi gusto demasiado clásico en el vestir, que algunos hombres no captan de inmediato el hecho de que yo pertenezca al sexo femenino, en serio. Me imagino que a cualquier otra mujer esto le molestaría, pero a mí no. La falta de espíritu observador por parte de los demás es precisamente mi punto fuerte, aquello que me hace ser buena en mi trabajo, aquello que me ha dado el valor necesario para montar mi propio despacho después de quince años de honrada esclavitud en uno de esos bufetes de abogados al estilo de película americana.

No exagero un ápice, por cierto. En serio, la vida de una subordinada es muy triste. Y lo es aún más si se te ocurre la demencial idea de entablar una relación con tu jefe. Saquemos la china del zapato y afrontemos el tema incómodo: soy plenamente consciente de ser un enorme, inmenso cliché. Sí, increíble pero cierto, pese a desconfiar de prácticamente todas las promesas en el ámbito laboral, etiqueté estúpidamente como sinceras las palabras de mi ex amante, cuando lloraba sobre mi hombro la dolorosísima separación de su mujer.

Lo único doloroso habría sido la pensión de divorcio y las

numerosas propiedades que la señora, cualquier cosa menos estúpida, había puesto a su nombre a lo largo de los años. Como mujer no puedo más que aplaudir con sincera admiración su sentido práctico. No se conformó con meras promesas como yo; no, se construyó con sumo cuidado una especie de póliza personal contra los eventos adversos. Léase la clásica crisis masculina de la mediana edad.

Así que Luca hizo sus cálculos y comprendió que no le valía la pena. Es aquí donde me permito citar textualmente sus palabras, porque en ciertas ocasiones la realidad supera con creces la ficción: «Con más motivo para alguien como ella». Obviamente estaba enfadado conmigo.

Bueno, sí, le espí y no me arrepiento en absoluto. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, después de haberle visto con su mujer en el Esselunga de Via Solari una tranquila mañana de domingo. Dos pisos de supermercado y mira con quién te vas a cruzar en la sección de purés (la señora esposa escoge obviamente orgánico...).

Así que a partir de ese momento claro que puse la antena y descubrí una verdad que mi corazón ya sabía: los hombres, por muy sensatos que sean, tienden a no querer complicarse la vida demasiado, especialmente si hay casas y propiedades de por medio. E incluso si se deciden a dar el gran paso, ciertamente no lo hacen por alguien a quien no tienen problema en considerar fea.

Sí, fea.

Lo dijo tal cual, sin rodeos.

Lo escuché con mis propios oídos.

«Para alguien como ella, una fea».

Años de relación y de devoción hacia un hombre que pensabas que te comprendía, que creías capaz de leer más allá de las apariencias mejor que ningún otro, con quien has trabajado incansablemente codo con codo en las causas más delicadas de las finanzas del país, y todo se reduce siempre exclusivamente a una cuestión de atractivo.

Sí, es guapa y entonces vale la pena.

No, es fea y por tanto no hay nada que hacer.

Lo confieso no sin dolor: tardé una cantidad de tiempo inconcebible en superar el golpe. Y por mucho que me guste fingir haber mandado *ipso facto* todo al diablo –a él y a su bufete, haré un pequeño paréntesis para decir que siempre me pagó una miseria por la ingente cantidad de horas de trabajo dedicadas a la causa corporativa–, tardé mis buenas seis semanas. Durante treinta días laborales seguí levantándome a las seis de la mañana para llegar a la oficina a las siete, sin salir hasta pasadas las diez de la noche y teniendo que ver su insoportable cara en las reuniones.

Al trigésimo día finalmente me asaltó un sentimiento de venganza que me hizo levantarme en mitad de una reunión con los altos directivos de un importante banco, y decir simplemente: «Me tengo que ir».

Y me fui.

Es increíble que un hombre, lleno de defectos y confundido, consiga a pesar de todo matar poco a poco tus ambiciones y la seguridad en ti misma. Nunca me habría imaginado que pudiera sucederle a alguien con una cabeza tan bien puesta como la mía, y sin embargo el autobús me alcanzó de lleno. Por eso, de un año a esta parte, mis prioridades han cambiado por completo: mi despacho, mi despacho y solamente mi despacho. Al menos, ahora sí que las horas que paso trabajando tienen algún valor (para mis clientes y para mí misma), y en el momento de cerrar y firmar nadie más se llevará el mérito de un trabajo que no ha realizado. Lo considero una enorme mejora respecto a mi vida anterior. Es verdad que al partir de cero todo es más complicado y requiere una dedicación total. El trabajo es lo primero, incluso por delante de las blusas limpias, como atestigua mi triste armario en este momento.

Realmente no hay mucho donde elegir, así que finalmente me decido por un jersey de cuello vuelto gris que no alegra ni una pizca la severa impresión de mi riguroso traje negro. Salta

a la vista que nunca me han gustado las extravagancias de la moda femenina.

Me tomo un segundo para darme una rápida ojeada en el espejo del pasillo antes de salir. Estoy... bueno, digamos que estoy. No creo que a nadie le importe mucho lo que llevo puesto, ¿verdad?

Llego al despacho a las siete y diez, después de encadenar la bicicleta en la zona, no muy lejos de la entrada. Últimamente Milán se ha convertido en territorio de ciclistas, con las obras de las nuevas líneas de metro, moverse con dos ruedas es rápido y cómodo. Todo ventajas a tener en cuenta, por no mencionar que pedalear es una de las pocas actividades físicas que consigo practicar. A menos que la carrera en los juzgados se convierta en disciplina olímpica, porque en ese caso me llevo la medalla.

Desde el momento en que mi primer café de la mañana fue sacrificado en el altar de los estúpidos accidentes domésticos, lo primerísimo que hago nada más poner un pie en el despacho es prepararme otro. La cafeína para mí no es una cuestión de elección, sino una auténtica necesidad. A pesar de la creencia popular según la cual todas las mujeres prefieren el café muy dulce o diluido con leche de cualquier tipo (parece que la de avena está de moda en estos tiempos), a mí me gusta solo y casi sin azúcar.

El café es una especie de metáfora de la vida: el amargor se siente solo hasta que uno se acostumbra. Al fin y al cabo, la experiencia casi siempre tiene ese regusto amargo, pero fortalece.

Me dirijo con paso decidido hacia mi escritorio con la taza en la mano (la inscripción «*hot lawyer*» es una evidente tomadura de pelo que me regalé hace un tiempo, porque para mí reírse de uno mismo es la sal de la vida), me acomodo en el sillón de mi escritorio y enciendo el ordenador. Soy muy metódica al empezar el día: primero leo los correos electrónicos y luego paso a los periódicos –financieros y no financieros– porque saber lo que está sucediendo en cada ámbito es un requisito fundamental en mi profesión. Evidentemente me interesan las

leyes que cada nuevo gobierno puntualmente quiere cambiar de manera drástica, ya que la apelación fácil siempre gusta a los abogados (nunca gobiernan personas que entiendan seriamente de temas legales, ¿no es cierto?). Pero también de economía, política internacional y demás ámbitos. Lo que de verdad hace que mi trabajo sea estimulante es precisamente la infinidad de sectores que potencialmente encajan en su radio de acción. A todos les sirve un contrato a prueba de bomba, a fin de cuentas.

Son las ocho pasadas y casi no me he dado cuenta de cómo ha volado el tiempo; me lo recuerda la llegada de Marta, mi secretaria, que se planta en mi puerta a las ocho y cuarto. Le he pedido varias veces que no aparezca antes de las ocho y media porque, a pesar de mis cuestionables opciones de vida personales, soy muy consciente de que la mayor parte de la gente ahí fuera tiene una vida digna de llamarse así, pero parece que a Marta le resulta difícil no llegar al menos un cuarto de hora antes. Es una joven de gran valía, muy trabajadora, atenta y diligente. Estaría perdida sin ella, en serio.

—Buenos días, abogada. Aquí está el correo que debe revisar—. Se me acerca con las cartas que considera dignas de mi interés.

Le he dicho también repetidas veces que no me trate de usted, pero Marta es bastante cabezota. Un rasgo que tenemos en común.

—Buenos días, Marta. Muchas gracias. Bonito vestido, por cierto —le alabo recogiendo la correspondencia de su mano. Marta es una mujer joven y atractiva que además sabe cómo vestirse. Es una de esas personas que pueden permitirse los colores, de hecho hoy lleva un vestido rosa de flores que en mí parecería espantoso, pero en ella es una delicia. El hecho de que a mí no me vayan los colorines no me impide reconocer su valor en los demás.

Mi secretaria se me queda mirando.

—¿Hoy trae jersey de cuello alto? ¿Le gusta el riesgo, abogada? —me toma el pelo de manera afable.

—¿Lo dices porque parece que voy vestida de espía? No,

simplemente es que esta semana también me he olvidado de pasar por la tintorería... –le confieso con disgusto. Mi señora madre diría que una mujer digna de llamarse así no puede no acordarse de ciertas cosas obvias, pero aclaremos cuanto antes que mi señora madre y yo tenemos ideas opuestas sobre este tema. Y sobre todos los demás. No aprueba nada de mi aspecto: mi pelo corto, el hecho de que nunca me maquille, la elección de mi ropa, por no hablar de los zapatos, que ella colecciona y adora como cualquier fetichista que se precie. Yo, en cambio, llevo casi siempre zapatos clásicos masculinos con cordones, porque son cómodos y me permiten volver a casa sin dolor de pies. Respeto al máximo las tiendas que consiguen vender instrumentos de tortura conocidos como zapatos con tacón de aguja, cobrando quinientos euros por un par. No le encuentro la gracia, lo siento.

–Sí quiere puedo pasar por la tintorería –se ofrece Marta, mortificándome aún más.

–Solo faltaba... Pasaré yo. El sábado.

Siempre he odiado a los jefes que piden a sus subordinados que se ocupen de sus asuntos personales. Me parece impresentable y fuera de toda discusión que alguien pueda administrar una multinacional y no ser capaz de organizarse para dejar su propia ropa sucia en la lavandería.

Yo lo hago, yo lo pago, en lo que a mí respecta. Que me sirva de lección para la próxima vez.

–¿Está segura...? –Es evidente que Marta no lo está. La vida de mis blusas le importa de verdad, por lo que se ve.

–Segurísima. Vuelve al trabajo. ¿Tenemos alguna cita? –le pregunto echando un vistazo a la agenda–. La mañana parece tranquila, quitando esta engorrosa videoconferencia programada para dentro de unos minutos...

Sí, la videoconferencia es a las nueve, pero en mi opinión las llamadas no se improvisan. Por eso quería llegar pronto, para prepararme con atención el esquema a seguir durante la conversación.

—A decir verdad, ayer, mientras estaba fuera de la oficina con unos clientes, llamó un tal Lorenzo Vailati. —Se detiene, esperando alguna señal de reconocimiento por mi parte.

—No sé quién es... —le respondo tras reflexionar un momento. Está bien empezar el día con algo de riesgo, pero la memoria ha sido siempre uno de mis puntos fuertes.

—Ni yo, por eso he investigado un poco. Resulta que es uno de los socios de VGP SGR. Son los que están interesados en la sociedad de Elena Longo.

Y es aquí donde el drama de mi jornada vuelve a revelarse. Suspiro profundamente.

—Cielos, ¿qué quería? —pregunto a la vida más que a otra cosa.

—¿Tantear el terreno? —aventura Marta.

—Me encanta este trabajo, pero tiene un gran inconveniente: los hombres que nunca preguntan y sus operaciones financieras —mascullo frunciendo el ceño.

Marta asiente comprensiva.

—Fue muy insistente al teléfono, siento decirle. Intenté deshacerme de él, pero no se avino a razones. Se empeñó en pasarse esta mañana para charlar un rato. —El tono final es irónico y no necesita mayor explicación.

Pero qué sorpresa...

—Claro que ha insistido. Este tipo de personas no conocen ni de lejos una negativa. Está bien, no importa: cuando llegue, me libraré de él en cuanto pueda. Y lo haré con gusto. Estamos sobrecargadas de trabajo y no tenemos tiempo que perder con esta escoria.

A estas alturas tengo poca paciencia con la testosterona que anda por ahí. De hecho, en este despacho solo trabajamos mujeres. Además de Marta y yo, tenemos dos becarias a las que he mandado esta mañana al juzgado a depositar unos documentos. Estaban emocionadas como dos niñas el día de Navidad. Las entiendo: también yo lo estaba a su edad, en una época que ahora se me antoja harto lejana.

Tras resolver lo más urgente y despachar un par de llamadas

importantes, me decido a investigar en internet el nombre del tal Lorenzo Vailati que se presentará en breve.

Dicen que hay que conocer al enemigo. Y dicen bien, por lo que a mí respecta.

El doctor Vailati tiene un perfil en LinkedIn con una foto hecha por un profesional y se le nota, como si el propio Jesucristo en persona se hubiera molestado en iluminarlo debidamente. Está claro que a alguien así le importa mucho su imagen: se ve que han utilizado todos los filtros habidos y por haber, pero la fotografía de Lorenzo Vailati me devuelve una imagen tan tremendamente atractiva que me echo a reír. Y de corazón. Me ocurre ya tan pocas veces que casi me siento agradecida por esa carcajada inesperada.

Me inclino hacia delante para observar más de cerca la imagen. La duda está en si se ha usado Photoshop para mejorarla o si de verdad es tal y como aparece en la instantánea. Al final me decanto por la primera hipótesis, porque siempre se acaba tratando con gente increíblemente vanidosa incluso en este mundo aparentemente austero.

Marta ha anotado que se pasaría hacia las once y me encuentro con una curiosidad casi inusual esperando a que aparezca por el despacho. No tengo ningún problema en admitirlo: soy la persona más prevenida que pueda existir, dada la ocasión. Por otro lado, siempre desconfío tanto de aquellos que se creen genios de las finanzas como de los guapos. El caso es que el doctor Vailati encarna a ambos y ello me genera no poca curiosidad.

A las once y diez (no es de los puntuales, lo cual no suma a su favor), Marta toca a la puerta y hace entrar a nuestro invitado. El doctor Vailati atraviesa el umbral de mi despacho en el preciso momento en que me levanto del sillón para acercarme.

Por un momento me olvido de esconder mi estupor porque, por desgracia, no ha retocado ni una pizca aquella maldita foto. En persona –y francamente no creía que pudiera suceder– es aún más atractivo si cabe: lleva un traje azul marino ajustado con pantalones más bien cortos, que parecen un poco ridículos

en un hombre tan alto, una corbata azul y zapatos marrones. El tema de las combinaciones de colores es bastante debatido, y sé bien que yo no soy la más indicada para expresar opiniones sobre los demás, pero en lo que a mí respecta su apuesta es terriblemente mala. Así como esos rizos un poco demasiado largos, dada su profesión. ¡Ah, pero en este caso rozan el *summum* de la vanagloria!

Menos mal que no morí abrasada por el café esta mañana, porque me habría perdido demasiado.

–Abogada Brunello –me saluda tendiéndome la mano y sonriendo con demasiada complicidad–. Soy Lorenzo Vailati, socio de VGP SGR. Es un auténtico placer conocerla.

Su sonrisa huele a falsa y estudiada, y creo realmente que su propósito es encandilarme lo suficiente como para perder el sentido. Es probable que esta técnica suya funcione a las mil maravillas con otras mujeres, pero conmigo le va a costar.

Aprieto con fuerza la mano tendida hacia mí, tanto que levanta las cejas sorprendido. Sí, sé lo que hago cuando doy un apretón de manos, gracias. No es un deporte exclusivamente masculino, aunque parezca lo contrario.

–Doctor Vailati... –No podría asegurarlo, pero mi tono le advierte que debe guardarse de sacar conclusiones precipitadas.

–Llámame Lorenzo –me invita con amabilidad, sentándose en el sillón sin que nadie se lo haya indicado.

Hago otro tanto, sobre todo para que no se dé cuenta de que pongo los ojos en blanco.

–Puede retirarse, Marta. La llamaré si la necesito. –Mi pérdida de tiempo es más que suficiente, me temo–. Y no, no hay necesidad de ser tan poco formal, doctor Vailati – me apresuro a añadir dirigiéndome a mi invitado.

Me lanza una mirada extraña pero se muestra imperturbable.

–Le ruego dejemos la cuestión de los nombres para momentos menos formales... –Su sonrisa, ya excesiva antes, aumenta de intensidad, confirmando mis peores sospechas: la VGP ha mandado a este fante a coquetear conmigo creyendo que...

–cielos, en qué estoy pensando–, ¿creyendo que iba a contarles todos los secretos de Elena solo porque un hombre atractivo (de acuerdo, muy atractivo) me dedique cinco minutos?

Intento meterme en su pellejo imaginando la escena que se ha encontrado de frente al entrar aquí; es altamente probable que también él haya indagado en mi perfil de LinkedIn y que se haya hecho una media idea del tipo de mujer a la que se iba a enfrentar. Y siempre vuelvo al mismo adjetivo: fea. Es cruel, pero se acerca bastante a la realidad. Y además es la verdad, así que no hay ningún motivo para hablar de realidades alternativas. Mi indignación ante la actitud vagamente coqueta de Lorenzo Vailati es, pues, doble: por un lado porque es evidente que busca un atajo rápido para acceder a la información que necesita, por otro porque lo hace con una mujer que reconoce ser un objetivo fácil.

En teoría.

Solo en teoría.

Pero el hecho permanece. Cualquier mujer menos acorazada que yo se habría derretido como mantequilla en el microondas.

–¿Momentos menos formales? –Repito sus palabras exactas, con repentina curiosidad por saber hasta qué punto está dispuesto a llegar.

¡Ya! ¿Cuánto vale la humillación de una mujer fea en estos tiempos?

–Quizás una copa, cuando hayamos terminado el trato... –me responde como sacado de un guión, con esa sonrisa exagerada.

Estoy convencida de que a las mujeres atractivas les ofrecen una cena, a las menos agraciadas se las liquida con una copa y ya.

–Nosotros no vamos a cerrar ningún trato –le comunico con un tono glacial. El reloj me acaba de recordar que no tengo tiempo para jueguecitos psicológicos y que hay que dar un acelerón a esta absurda reunión.

Y mi voz ha debido sonar apremiante, porque su insoportable sonrisa se ha apagado de repente. ¿Será posible que quizás, digo solo quizás, haya cogido la indirecta?

–¿Por qué? –me pregunta cauteloso.

–Lo sé, lo sé, ha venido aquí esperando un trabajo fácil...
–finjo comprensiva.

–¿Perdón, abogada?

–Déjeme adivinar: suelen caer en la trampa.

–¿Quién? ¿Cómo? –pregunta cada vez más confundido. La expresión de su rostro es a veces incluso adorable, con esos ojos verdes que se abren y cierran como un abanico y esos rizos que los enmarcan. El aire de desconcierto exalta de alguna manera su apabullante belleza, incluso más que su sonrisa fingida. Otra injusticia de la vida, pero a estas alturas no me sorprende de nada. Hemos venido al mundo a sufrir, no se puede negar.

–Las otras pobres mujeres inexpertas –le tengo que aclarar encima.

–¿Las otras? ¿Qué otras? –finge no comprender.

Sí, finge, porque aparte de esta escenita que debe haber preparado cuidadosamente, me temo que Lorenzo Vailati no es del todo estúpido. Simplemente está acostumbrado a escoger el camino fácil. Por otro lado, no le culpo. No es el primero y seguro que no será el último.

–Ya, qué otras... –repito dejando entrever parte de mi nerviosismo—. Mire, mi cliente no me ha autorizado a enfrentarme a usted y no pretendo hacerlo. Si sucede alguna vez, ya hablaremos. Pero por el momento la doctora Longo no tiene nada que compartir con usted ni con su sociedad.

Lorenzo Vailati parpadea repetidamente. La palabra «incrédulo» se queda corta.

–Por eso quiere despacharme...

–¡Vaya por Dios! Tengo cosas que hacer. E imagino que usted también. Debe estar ocupadísimo. –Temo no haber conseguido enmascarar el sarcasmo.

–¿Me está echando? ¿Sin un amago de diálogo?

Los hombres que no se dan, o no quieren darse cuenta, suelen ser fuente de diversión. Lo confieso.

Parpadea insistentemente. Lo hace tan rápido que me impide concentrarme en otra cosa.

–¿Quiere un café antes de irse? –le pregunto.

–¿Cómo? ¿Un café?

–¿Un carajillo, quizás? –Vaya, le estoy tomando el pelo y ni siquiera lo disimulo.

Lorenzo Vailati respira hondo bajando la cabeza. Cuando la levanta de nuevo, su mirada es intrigante. No es exactamente el resultado que esperaba.

–Abogada Brunello, está jugando conmigo.

–Por favor, cualquiera que me conozca sabe perfectamente que carezco del tiempo material para todo lo lúdico –le respondo con total sinceridad.

–Mal hecho. Todo el mundo merece momentos de diversión.

No sé si se habrá dado cuenta, pero lamentablemente tiene razón y él acaba de ser mi momento. Ahora, sin embargo, hay que seguir trabajando.

–Mire, doctor Vailati, tiene que creerme, pero entre usted y yo no hay nada que decir. No soy el tipo de persona con quien perder amigablemente el tiempo hablando de la meteorología, por si no se había dado cuenta.

–Lástima. Porque esta noche va a llover –responde medio en serio.

–No lo creo...

Da la casualidad de que he consultado atentamente el parte meteorológico esta mañana y la previsión aseguraba un día totalmente soleado, motivo por el cual he venido a trabajar en bicicleta. Vivo cerca de Corso Sempione y el viaje no ha sido precisamente corto.

El hombre sigue escrutándome.

–Verá. Tengo la mala costumbre de querer tener siempre la razón. Tanto sobre el tiempo como en los temas empresariales –me confiesa poniéndose en pie. Por suerte parece haber comprendido de una vez por todas que le conviene abandonar la misión. Hasta aquí hemos llegado.

Hago lo mismo y por primera vez en mucho tiempo lamento no llevar tacones. Siempre es importante dominar físicamente

al adversario. Normalmente mi metro setenta me permite no sentirme demasiado pequeña en un mar de testosterona, pero Lorenzo Vailati es alto. Vaya si es alto. Y aunque se haya hecho confeccionar una chaqueta ligeramente más estrecha de lo que yo habría juzgado preferible, lo cierto es que le resalta los hombros. De hecho, estos parecen querer liberarse de la estrechez del tejido.

–Nos veremos cuando su cliente haya podido considerar nuestra oferta –comenta, seguro de sí mismo.

A veces me pregunto cómo debe ser sentirse tan seguro de todo: de la aprobación de los demás, del propio aspecto, de la técnica de interacción con los demás. ¿Se nace así o también los seres humanos en apariencia más brillantes y perfectos han tenido un camino tortuoso? Por algún extraño motivo me parece imposible que a este hombre algo le haya podido resultar difícil.

–Hasta pronto, doctor Vailati –le despido tendiéndole la mano.

A continuación otro apretón de acero, esta vez incluso más fuerte que el primero, tanto que temo oír el crujido de los huesos. Aunque me cueste reconocerlo, tengo la sospecha de que retira su mano solo por miedo a lastimarme. La fuerza física está de su lado. Maldita sea.

Marta aparece como por arte de magia para acompañarle a la salida y luego vuelve a mi despacho exhibiendo esa sonrisa astuta y a la vez esperanzada.

–¿Podemos comentar la entrevista, si le parece? –me suplica con los ojos como platos.

Estamos acostumbrados a conocer gente de todo tipo, pero efectivamente Lorenzo Vailati es único en su especie.

–Ni tú ni yo vamos a perder un segundo en hablar sobre el doctor Vailati, ¿está claro? –afirmo con rotundidad–. Tenemos mucho en qué pensar. –Y dicho esto, cojo un montón de documentos y me pongo a trabajar.

Puede que el hombre sea único, pero más nos vale olvidarnos de él cuanto antes.

Marta asiente en silencio y vuelve a su escritorio.

Lástima que la primera en infringir mi regla sea yo misma cuando, unas horas más tarde, me encuentro volviendo a casa en bicicleta. Huelga decir que a mitad de camino el cielo se cierra como por arte de magia y cae un chaparrón que me empapa de pies a cabeza.

–Maldito Lorenzo Vailati –me sorpendo mascullando. Y me echo a reír.